

Los días del tiempo

Pocos son los que pueden
reparar lo ya roto...

CANTARES DE BENGALA

No tenía ganas de viajar ese día; se habría quedado sin hacer nada en la cama a oscuras del hotel de no ser que volver era imperativo. Se habría quedado sin pensar, sin dormir, sin saber que afuera de su ventana el sol y las nubes se disputaban el cielo. Pero era incapaz de tomar en cuenta una opción diferente a la necesaria. Pasó su pie izquierdo por enfrente del derecho y siguió caminando hacia un punto preciso de la sala de vuelos nacionales. Los olores se mezclaban de una manera tan indefinida como las contradicciones de su misma voluntad.

Su hija había ido a comprar dulces. Vio reflejada en la vidriera una silueta anodina que arrastraba las ruedas de su maleta por el mármol grisáceo. También vio que a su lado pasaba la silueta de un viejo muy bien vestido. Algo dejaba intuir que el ambiente le resultaba ingrato: iba al mostrador sin equipaje alguno, sacudiendo la cabeza cuando lo rebasaban las apresuradas pocas personas que cruzaban por la puerta automática de entrada. Desvió la mirada del reflejo en la vidriera.

Ella odiaba los aviones y amaba los trenes lentos que hacen ruidos metálicos en las intersecciones de las vías. Una razón adicional para que no le hiciera ninguna gracia estar ahí a las ocho de la mañana. Odiaba la Coca Cola, las medidas de seguridad, el aire sin viento de las salas de espera de los aeropuertos.

Madame, la llamó la chica del mostrador. Dos boletos a París para tomar la conexión a México, pidió ella. Pagó un precio bajo comparado con las tarifas de los vuelos latinoamericanos. Pensó que no había ido al congreso de escritores sino al de filósofos; pensó que siempre se equivocaba de lugar; pensó que era hora de llamar a su hija y exhaló pesadamente el aire.

Madre e hija se sentaron en butacas de cuero rojo y raído. Una música de tambores tuareg se dispersaba en el ambiente y un camerunés elegantísimo en su bubú celeste le preguntó la hora. Su hija sonreía; era bellísima y niña, una elfa oscura, el ser más encantador que pisara la tierra. Como todas las madres del mundo no lo pensaba porque era su mamá: lo constataba, era un hecho. Sin embargo, era por ella que debía volver, debía trabajar, debía preparar de comer.

El anciano se sentó detrás de ella, espalda contra espalda, pero la mujer no le hizo caso porque vio entrar por la puerta automática a Vuc Pavic. Era todavía su flaco amigo, sólo que una llantita bajo el ombligo coronaba sus antiguas piernas de futbolista. Una belleza de hombre, lástima esos ojillos tan pequeños. Luego se recriminaría un pensamiento tan fútil. Le sonrió. Él se detuvo, le estampó un beso cansado en la mejilla, despeinó a la niña con la mano derecha e intentó esconder la marca violácea que sobresalía del cuello abierto de su camisa de lana. Cada quien tenía sus motivos para no haber tomado el autobús con el resto del grupo el día anterior, pensó ella.

Su razón había sido un capricho de su hija. La niña se había aburrido estoicamente durante cuatro días. Los había escuchado dialogar acerca de los mismos tópicos por los que ella y Vuc y otros diez, desde hacía veinte años, se reunían todos los lunes por la tarde. Mañana me llevas a la feria del automóvil deportivo, había dicho la niña. No me regreso a México si no me llevas a la feria.

Así que dos días antes se había quedado en Marsella y ahora debía tomar el vuelo de regreso para llegar a un México donde el padre de su hija estaría esperándola, tan sólo para

recordarle que ella debía reconocerle sus derechos de padre.

Vuc, por lo visto, tuvo otros motivos para quedarse. Aunque ella podía imaginar un deber semejante al suyo, tan igualmente tejido de reglas ajenas al deseo, para volver. ¿Qué deseaba Vuc? Durante el congreso, una estudiante morena se lo comía con los ojos cuando hablaba del lugar donde se devela que la forma es fondo y la hegemonía se entreteje de reglas morales, estéticas y políticas organizadas para que el aprendizaje de lo justo se exprese de tal modo que todas las demás opciones puedan ser consideradas infundadas, inútiles o increíbles.

Luego, cuando Vuc se sentó en la primera fila del auditorio para escuchar a sus colegas deshacerse de otros paradigmas aprendidos, la muchacha se le pegó, ofreciendo a su tacto un cuerpo tan exclusivo como su atención.

Sintió un poco de envidia por Vuc, objeto de la deferencia, y por la muchacha, capaz de desear con una intensidad hormonal casi orgásmica. Desde hacía mucho tiempo ella no experimentaba siquiera el deseo de gustarle a alguien.

¡Los hombres sirven para quitarle el tiempo a una! Aunque durante otra historia de sí misma, los hombres le habían gustado. No siempre los había amado, pero unas buenas piernas y unos hombros anchos le habían suavizado las derrotas vitales. Esos brazos sirven de consuelo, decía entonces: los hombres son un placebo para la enfermedad de la vida. Y se reía, guiñándole el ojo a otra mujer, a cualquiera que estuviera al alcance, a la cajera que soñaba con un príncipe azul y tres hijitos o a la lesbiana que no entendía cómo y por qué desear un cuerpo de músculos duros.

Su hija le propinó un codazo para que volviera la cabeza. Por la puerta metálica iba entrando un joven alto, de cabello cenizo y largo, tan hermoso como un príncipe guerrero o como un hada, no sabría decirlo con precisión. Enarcó las cejas interrogativamente, ella no reconocía nunca a nadie. Su hija le susurró en el oído que era el actor que había visto pelear contra decenas de enemigos en una película. Ella le

sonrió, con cariño y con una pizca de ironía. El corazón de la niña dio un vuelco de la emoción cuando el muchacho rubio se acercó al mostrador reclamando el *boarding pass* de su mismo vuelo para París. Que se siente a mi lado, que se siente a mi lado. La niña cerró los ojos y los puños. ¿Cuál será la razón de este joven para viajar hoy?, se sorprendió preguntándose la madre.

El viejo a sus espaldas le tocó el hombro desde su asiento. ¿Cree que todavía puede hacerse algo por el mundo?, le preguntó. Ella estuvo a punto de mandarlo a la mierda: yo ya no creo en nada, señor; no podrán exigirme nada más. Pero se le vino a la mente lo expresado dos días antes en la conferencia magistral del congreso. Y la atravesó el deber de no contradecirse en lo que sostenía con siempre mayor claridad y menor convencimiento. Al tiempo, se acordó de su heroico acto de apersonarse, en la misma ciudad, durante la misma semana, al aburrido congreso de filósofos que intentaban liberar las acciones de su representación simbólica y no ir al alegre agasajo de escritores que, en su fama, recogían a los menos afortunados para darles un lugar en el telón de fondo de sus entrevistas y su gloria. Me gustaría creerlo, señor, respondió por lo tanto la mujer.

Haber empujado nuestra investigación científica más allá de lo permitido es lo que ha llevado al mundo a este punto sin retorno, la adoctrinó el viejo.

Ella no tuvo el valor de contradecirlo; únicamente agregó:

—Y el dinero fácil para pocos.

Para cortar esa conversación que como todo lo demás no deseaba sostener, un gesto valdría más que mil palabras. Abrió un libro. El viejo se enderezó en su asiento y se quedó jugando con un dije demasiado grande, algo como un colgante metálico redondo amarrado a una pesada cadena de plata.

Enfrascada en las palabras de sir Francis Bacon acerca del adelanto y el progreso de la ciencia, ella actuó por un instante como la escritora que también era. Pensó que el viejo

había perdido a la mujer de su vida y que ese objeto se la recordaba. A lo mejor la había asesinado tres horas antes en la tina de un hotel decimonónico...

Con las cabezas agachadas sobre las cosas que los distraían del mundo, el viejo y la mujer no se dieron cuenta de que en el vacío de la mañana de un jueves, cuando los aviones para Abú Dhabi parten tan desiertos como los que se dirigen a Zúrich y Milán, entró el más famoso de los escritores, el único al que habían condenado a muerte por sus palabras, el mismo que, cuando el occidente ilustrado que aborrece las censuras lo hizo rico comprando todas sus páginas impresas, dejó a la madre de sus hijos por una modelo treinta años menor. Había llegado solo, sin equipaje, con un impermeable ligero abierto sobre la pancita redonda y las delgadas piernas largas.

Tenía muy marcadas sus profundas ojeras orientales y la barba descuidada. La niña había leído un libro suyo, y ella, todos los demás, encontrando mejores los anteriores a la fama. Pero fue Vuc quien aún antes de reconocerlo, reparó en su manera desolada de echar un paso tras otro sobre el mármol del aeropuerto. Con una pérdida, con un dolor que le parecieron idénticos a lo que él sentía en ese instante.

Vuc no era un sentimental, era un hombre casado que no pediría el divorcio sólo porque se había enamorado de otra mujer. Si bajo su espesa capa de libros estudiados e investigaciones coherentes fantaseaba con la posibilidad de vivir una pasión con alguien que lo comprendiera, Vuc no lo dejaría traslucir. Se pasó la mano delicada por el cuello manchado de besos.

Una flaquéisima mujer enfundada en un traje sastrero apretado, blandía un boleto electrónico a París. Tenía cara de profesora e iba a sentarse cerca de Vuc, pero sus ojos saltones percibieron a espaldas de la mujer que estaba a su lado, los gestos de un hombre anciano que jugaba ansiosamente con algo que le pareció un relicario. Dio un paso de lado para acomodarse en otra fila de butacas. Tras ella, una decena de personas sin chiste, normales y feas, fueron constelando la

sala de espera. Entonces entraron el capitán, dos azafatas y un mozo, con un paso que por exageradamente marcial hizo que ella levantara los ojos de su libro. Al pasar frente al magro rebaño de pasajeros, giraron la cabeza como si estuvieran saludando en un desfile militar.

El viejo farfulló algo mientras apretaba el objeto de su devoción; Vuc estaba abandonado a sus cuitas de hombre maduro; la niña soñaba despierta con el iPad sobre las piernas. Ella suspiró, si era cierto que entre estética y ética, o sea entre idea de belleza y orden moral, existe la misma relación que entre forma y contenido, eso que ella siempre afirmaba a sus jóvenes y todavía atentos estudiantes, entonces la rígida compostura del capitán del avión le hizo temer que para el mundo, para la libertad del mundo, para el derecho del mundo a experimentar la vida como algo que es y no que tiene que ser, ya no había nada que hacer. Puta madre, se dijo: la rígida elegancia del método lo ha colonizado todo, esos cabrones parecen militares.

Cerró el libro. Echó la cabeza hacia atrás. Recordó una mañana de sol, un barquito de vela cuadrada, una costa baja, los troncos de los olivos frente al mar, las aguas claras y transparentes del Egeo. Una mañana de hacía treinta años. Qué hermosa era la vida en ese lejano y preciso instante. Ella era joven, el pescador un viejo y el barco eterno como el tiempo que se les escurría encima.

Su cabeza juvenil pensaba que era inútil afanarse porque la tierra, en realidad, era capaz de renacer de cualquier ceniza. Se estiró en su butaca roja y raída. Ahora se figuraba que el mundo estaba a punto de morir y sintió miedo por su hija, el miedo acongojado de las madres crecidas a finales del siglo xx.

El viejo a sus espaldas no dirigió la pregunta a nadie en especial: ¿Por qué tuvimos que llegar a esto? E insistió: Espero que mi gobierno sepa detenerlos. En ese momento, la voz de la chica del mostrador llamó por el altoparlante para que abordaran el vuelo AF28 para París por la puerta nueve.

Ella se liberó de contestarle, levantándose bruscamente de su butaca.

Vuc, ella y su hija se sentaron en la misma fila del centro; la niña no pidió la ventanilla porque del otro lado del pasillo, con nadie más a su lado, se había sentado el actor de pelo cenizo. El viejo se acomodó justo enfrente de ella; y detrás, también solo, el escritor famoso. Los otros pasajeros se agruparon en los asientos delanteros, ya que el avión iba casi vacío y, al parecer, tenían mucha prisa por descender a la llegada.

Cuarenta y cinco minutos, dijo Vuc. La niña pensó en cómo hablarle al actor en únicamente cuarenta y cinco minutos. Ella visualizó las trece horas de vuelo hasta México: Si todo fuera como esto, dijo.

Vuc la tomó de la mano, ambos tenían miedo de los despegues y lo sabían. Cuando se conocieron, durante sus estudios de doctorado, los dos estuvieron a punto de enamorarse. Saliendo de la Facultad de Filosofía a los prados de la Universidad Nacional, él le había asegurado: Te conozco de antes. Ella sacudió la cabeza, sin negar completamente la posibilidad. Habían llegado jóvenes a México, con vidas y estudios a sus espaldas; y venían de países cercanos. Se contaron sus viajes; habían coincidido en muchas universidades: Zagreb, Sofía, Heidelberg. Él era un militante marxista, ella una radical confusa, libertaria e impositiva por partes iguales. Dos días después, Vuc tocó a su puerta. La tarde transcurrió sin que se dijeran nada importante, sentados muy cerca, sin tocarse. Si sus miradas se cruzaron fue para ir a depositarse sobre los objetos que tenían enfrente. Ganó su firme decisión de no dejarse arrastrar por el deseo de ver en los ojos del otro los destellos del poder de un interés exclusivo. Cuando el hombre se fue, ella se tiró en la cama y se masturbó llorando. No, no podía renunciar a su libertad. Él, al llegar a su cuarto de azotea, hizo otro tanto, porque no podía entregarse a la pasión. Quince días después, demacrados, volvieron al seminario del doctor Roig. Él miró los ojos cafés de ella y la mujer sostuvo la mirada de los pequeños ojos negros del hombre.

Ambos, al terminar de hacerlo, se preguntarían cómo había podido ser, porque entonces, al unísono, se dijeron: Siempre podrás contar conmigo.

Inesperadamente, las azafatas salieron con charolas de champagne al pasillo del avión. Dijeron que era por el honor de tener a bordo al escritor famoso. Éste se sonrojó, o algo parecido. El actor le sonrió, demasiado educado para manifestar su envidia. A la niña le trajeron una Coca Cola y el actor brindó con ella. Vuc brindó con su amiga: Primera vez que en un vuelo europeo me ofrecen algo más que aire. Al viejo le sirvieron dos veces, de manera que, cuando las azafatas se retiraron, se puso eufórico, se levantó de su asiento, le pidió a ella que se levantara y la abrazó, deslizándose el pesado dije que había tenido en sus manos en el bolsillo de su saco de lino.

Luego todos se adormilaron, el avión giró a la izquierda y abandonó tierras francesas. La mujer flaca con cara de profesora no había bebido; fue a exigir a la tripulación que le dijeran adónde se dirigían y una azafata la derribó de un certero golpe en la nuca.

Cuando despertó, la náusea la obligó a mantener los ojos cerrados. En el intenso frío de la cabina percibió poco a poco que la rodeaba una fantasmal ausencia de ruidos: los motores apagados, ningún movimiento. Oyó los gemidos de la mujer esquelética, semejantes al llanto inerme de los heridos abandonados en el campo de batalla. Su intensidad iba a la mengua, como si fuera pasando del estruendo del dolor al silencio de la muerte. Entonces experimentó un terror agudo y alargó la mano para sentir si tenía a su hija cerca.

Estaba amarrada. Abrió los ojos; era de noche, no se veía nada. Amor, llamó; no obtuvo respuesta. Empujó, con el esfuerzo sobrehumano de las madres aterradas, el torso hacia su derecha. Cuando pudo percatarse del cuerpo cálido de la pequeña, tensó su capacidad de escucha. La niña respiraba, y ella recuperó la razón.

Pasó el tiempo. Estaban en tierra; de las ventanillas no se detectaban las luces de ningún aeropuerto ni se escuchaban sirenas, motores, llamados. Por primera vez bendijo su extraña intolerancia a los somníferos. Era la única persona despierta en el avión. Logró enderezarse y empujó su cuerpo hacia Vuc; un intenso olor a vómito la retuvo. Se quedó a medio camino, incómoda. Giró la cabeza hacia la derecha y en la oscuridad dominante, de la ventana del actor, al fondo de su mirada diagonal, vio una fogata encendida y los bultos de cuatro personas. La tripulación, pensó. De todas formas no lograba entender nada.

No habría cuchillos en los bolsillos de Vuc, ni en todo el avión. Antes viajaban siempre con una navaja filosa de mango de nogal o de nácar; decían, medio en broma, que era parte de su identidad nacional. Ahora las medidas de seguridad habían llegado a extremos tan ridículos que, al entrar al aeropuerto, ella y su hija se habían quedado mirando cómo dos policías quitaban y tiraban a una caja de cristal todos los prendedores de los kilts de un equipo de rugby escocés.

Sintió la ansiedad por un cigarro que las antiguas fumadoras siguen experimentando cuando, frente a un problema, aspirar un tubito blanco de papel y tabaco equivaldría a beber una copa, morderse una uña, volver al seno materno. Venció el asco por el vómito de su amigo y deslizó la punta de sus dedos índice y medio en el bolsillo de su saco. No había cigarrillos pero sí un encendedor. Quemar las amarras, eso era lo que tenía que hacer. Dobló la espalda hacia delante, puso el encendedor entre sus rodillas e intentó empujar la palanquita del encendido con el índice. El encendedor se deslizó a lo largo de su pierna y quedó atrapado en el borde de sus botines. Se sintió incapaz de pensar en otra cosa.

Pasó más tiempo. La mujer flaca esporádicamente se quejaba. Tras escuchar un gemido, intentó llamar su atención. Eh, eh, tú, dijo. No obtuvo ninguna respuesta. La flaca agonizaba.

En uno de sus desplazamientos se dio cuenta que las

cuerdas la envolvían como a una salchicha, pero no la ataban a nada. Empujó su cuerpo hasta apoyar la cabeza en el asiento anterior y, torciéndola, volvió a mirar por la ventanilla del actor. Alrededor de la fogata, uno de los dos hombres se había levantado y caminaba. Los otros se agitaban sentados en el suelo. No había forma de entender qué hacían. Lo único que quedaba en claro era que los pasajeros estaban amarrados, mientras la tripulación dialogaba libre fuera del avión. Pensó en el escritor famoso, ¿acaso los habían secuestrado para apoderarse de él?

Durante el primer año de su condena a muerte se decían muchas cosas; el chisme se expandía de Europa a las Américas y equivalía a la enormidad del castigo: nadie hasta entonces había pensado que la censura podría implicar una orden de asesinato. Entonces hablar de sus novelas era casi tan obligatorio en las peluquerías como en las aulas. Entre los abundantes artículos de periódicos y revistas que criticaban la censura, ella había leído que los sacerdotes maldijeron sus palabras y su aliento, sus ideas y su voz, lo cual no la impresionó, pues estaba acostumbrada a los anatemas, las excomuniones de filósofos, las acusaciones de herejía. Pero recordaba con horror que para estimular que cualquier hombre religioso llevara a cabo la tarea de callar su boca blasfema, le habían puesto el precio de un millón de dólares. ¿Un millón de dólares compraría a cuatro profesionales europeos? A sus espaldas, el escritor famoso empezó a roncar.

Siguió desplazándose con esa ansiedad sin sosiego que empuja a prender y apagar las lámparas de sus burós a las madres que esperan el regreso de sus hijos en las noches de farras. De un lado a otro del asiento buscaba aplacar su deseo de saber qué estaba sucediendo y su imposibilidad de entenderlo. Le dolían los brazos, el torso, las piernas por el esfuerzo. El gesto más pequeño le costaba una fatiga enorme, pero sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad; ya podía discernir los cuerpos recostados de su hija, del actor y de Vuc, así como distinguir el pasillo de los asientos de delante, la ventanilla izquierda, totalmente a oscuras, de la derecha, de

donde podía oír el vivaque de la tripulación. Silbó, ojalá y alguien le contestara. Nada. Evidentemente las azafatas no se apersonaban porque conocían los efectos duraderos del somnífero. Empezó a moverse hacia atrás, desplazando apenas las nalgas, apuntalándose con los pies. Finalmente se recostó al lado de su hija, sintió su cuerpecito caliente y dormido y se dejó ir en un silencio despierto e inmóvil, parecido al insomnio. Las horas pasaron sin ninguna novedad.

Una tos asqueada sacudió al anciano del asiento delantero, sacudiéndole en el pecho la respiración cortada por los mocos gástricos. Contrajo la garganta y el estómago, experimentó unos conatos de vómito.

—¿Se siente bien?

El viejo se contuvo y el silencio volvió a reinar en el avión. Luego ella lo escuchó pronunciar: *Chérie*, querida, con una voz tristísima y pensó que él estaba acordándose de alguna mujer de su pasado. ¿Los puede ver?, agregó después de unos instantes el viejo. Sólo entonces ella cayó en cuenta de que le estaba hablando.

Espere. Volvió a moverse gradualmente hasta alcanzar con el rabillo del ojo la ventanilla a su derecha. Siguen sentados alrededor de una fogata, dijo. Esperan a alguien, le explicó el hombre; y consultó: ¿Cuántas horas habrán pasado? Ella también se lo venía preguntando desde que despertó. Diez o doce; depende del huso, no sé si retrocedimos o avanzamos hacia una nueva noche; estoy despierta desde hace horas y siempre ha estado a oscuras.

Es a mí a quien buscan, dijo el viejo después de un silencio. No pueden matarme por codicia, quieren lo mío y no lo vendo, ¿entiende? Entonces precisan ensuciarlo todo, como los hombres que violan a una mujer que se niega a su deseo. Necesitan arrebatar aunque nos les garantice el amor, sólo el odio. Lo he visto tantas veces... Y yo no vendo porque no sé qué es. Tengo miedo de lo que podría desatar...

Un nuevo, violento, ataque de vómito y tos le cortó la voz. Jadeó y carraspeó, mientras los cuerpos de los demás pasajeros se sacudían como si respondieran con gemidos y temblor a su dolor. Me pregunto por qué el ejército francés no me ha rastreado todavía, agregó al fin; en unas horas más, será tarde para todos.

¡Cabrón lunático! Sin embargo, un miedo como de infarto, de los que bloquean el aire en los pulmones, empezó a abrirse paso entre sus músculos y sus ideas; uno de esos pánicos que aletargan e inmovilizan.

Chérie, volvió a llamarla el viejo. Ella, como si ya no valiese la pena resistirse, contestó simplemente ¿sí? Escuche, si me llevan, usted finja dormir, hágase el bulto y si, por el contrario, esperan que todos ustedes despierten, nunca diga que habló conmigo. De acuerdo, aceptó ella. ¿Por qué? Oh, evocó el viejo, porque yo estoy dispuesto a salvar al mundo a como dé lugar, a cualquier precio, y ellos no pueden soportarlo. ¿Quiénes son ellos?, quiso preguntar, pero con el rabillo del ojo vio que del vivaque se estaban dejando venir tres personas, dos hombres y una mujer. Silencio, vienen, ordenó.

C'est qui?, preguntó el capitán. *Le vieillard*, replicó la azafata.

Ella temblaba; con los ojos cerrados, recostada al lado de su hija, quería quedarse inmóvil, pero tiritaba. *Ils vont mourir de froid*, dijo la azafata divisándola. *Qu'ils aillent se faire foutre*, contestó el mozo. *Taisez-vous*, ordenó el capitán, mirando una foto a la luz de su lámpara portátil. Hizo un gesto y el mozo se plantó al lado del anciano, lo enderezó en el asiento y se lo echó al hombro. En el avión volvieron a reinar los ronquidos y el tufo a vómito. ¿Quiénes son ellos?, pensó antes de dejarse embargar por una somnolencia entumida.

Las arcadas de Vuc y la luz naranja de un alba límpida la despertaron. El escritor famoso se retorció de dolor y náusea; de los lugares delanteros se levantaban unos sollozos disgustados. Mientras la luz se filtraba en los recovecos de la

cabina, el avión entero comenzó a gritar. El miedo se había apoderado de los pasajeros y la sed empezó a torturarlos.

El sol sobre el fuselaje convirtió la carlinga helada en un horno, y la sequía ardiente rasgó las bocas, las gargantas, las pieles de los prisioneros con pequeñas navajas filosas. Varios cuerpos habían rodado de los asientos, pero el actor se arrastraba por el pasillo hacia la portezuela. Avanzaba tan lentamente que las mujeres y los hombres, agotados, notaban apenas sus movimientos. Él, con su largo pelo barriendo el suelo, y con la determinación de un prisionero de guerra que decide fugarse, se arrastró por encima de un gordo desesperado que sacudía la cabeza y babeaba oraciones jaculatorias. A la niña, la fiebre de la sed le abrillantaba los ojos. Mamá, modulaban sus labios sin que la garganta extenuada emitiera sonido alguno. En dos ocasiones ella logró acercar sus labios a los de su hija para pasarle la saliva que le quedaba. De repente, el actor llegó a la escotilla y gritó hacia afuera: *Help, help!* De la luz cegadora que provenía de una estepa ondulada, le respondió un silencio sin eco.

El actor gritó cuatro veces más antes de darse por vencido. Luego el escritor famoso empezó a sacudirse como un jabalí en una trampa. Insultaba a la suerte y a los fundamentalistas en un inglés entreverado de palabras extrañas; blasfemaba, rugía, maldecía a quien lo había secuestrado, prometía venganzas bíblicas, o coránicas, y castigos ejemplares. Sólo cuando golpeó la cabeza contra el brazo de su asiento, se quedó quieto.

A manera de una carrera de relevos, uno tras otro, los pasajeros amarrados como salchichas se devanaron los sesos y los brazos para lograr liberarse. La profesora flaca, que únicamente tenía atadas las manos y los pies, sangraba de las muñecas. El gordo tirado en el pasillo llamaba a san Genaro, le pedía un milagro por su santa sangre, prometía no comer helados a cambio de un milagro, se obligaba a dejar el café por un año, a no fumar e ir a misa con tal de que se diera el prodigio de su salvación. Una mujer enganchó una vuelta de

la cuerda en el pie de su vecino y empezó a jalar, quedando medio ahorcada debajo de su asiento. Vuc, de vez en cuando, en voz queda, aseguraba a la niña: No te preocupes, amor, el tío Vuc te va a cuidar. La boca de quienes habían vomitado por efecto del somnífero ardía, quemada por lo seco del clima y el ácido de los jugos gástricos. Pronto todas las voces convergieron en una única ronquera. La noche volvió a bajar sobre una población desolada, y un frío intenso se metió por el orificio de la escotilla.

Vuc, ¿no te parece extraño que no nos hayan rastreado? Su amigo inhaló el aire con fatiga. Muy raro, confirmó. Y el escritor famoso, agregó: A menos que no lo hagan de propósito. La niña se hizo pipí y, sin lágrimas ya, lloró de la vergüenza. De uno de los asientos delanteros, poco después, llegó un olor nauseabundo acompañado de un *non, quelle honte*: la degradación del encierro, el cuerpo que derrota a los modales.

El largo pelo cenizo del actor se mecía en el viento polar de la noche; mitad de su cuerpo colgaba en la escalera. Con un esfuerzo de la cintura, se levantaba y arrastraba la cuerda por el borde de los escalones de aluminio. Una vez tras otra, repitió el mismo gesto con la esperanza de que la escalera sirviera de serrucho. El vientre estirado le dolía como si hubiese recibido un golpe tras otro; pero el hombre sabía por experiencia de gimnasio que, de detener los abdominales, los músculos se enfriarían, impidiéndole luego cualquier movimiento. Seiscientos cuarenta, seiscientos cuarenta y uno, contaba y continuaba, en trance, a levantarse con la pura fuerza de su talle. Se raspó la piel de los hombros y percudió la tela del saco. Unos moretones oscuros se le dibujaron en el cuerpo agotado.

La niña pidió agua con un hilo de voz. El tío Vuc le ofreció las aguas de un río que corría en un futuro improbable. Ella había terminado la saliva. La mujer flaca se desmayó. El hombre gordo quedó aturdido en el suelo. Pasaron las horas. El viento seguía meciendo el pelo cenizo del actor que, ago-

tado y con la respiración cortada, se resistía a dejar de doblar el torso. La decena de hombres y mujeres de los asientos delanteros cayó en un sopor que sólo sacudían los escalofríos y unos esporádicos lamentos aturridos. La modorra también hizo presa de la niña, a pesar de las quejas de sus vecinos y de la propia sed y el propio deseo de liberarse.

Hinchando y soltando sus viejas piernas fuertes de futbolista sin hacer alarde de su esfuerzo, Vuc logró aflojar las cuerdas. Pasó una vuelta de soga por encima de su hombro, movió la cabeza, libró una mano, la otra, y salió al pasillo para desatar a la niña, tomarla en brazos, ir con ella al gabinete de las azafatas y darle a beber medio litro de agua, antes de colgarse él también del cuello de la botella.

Una hora y media después, la docena y media de pasajeros aturridos del vuelo Marsella-París se arrastraban por el terreno duro donde el avión había aterrizado. La mujer flaca con cara de profesora tuvo que apoyarse en dos personas para bajar la escalerilla y el actor recargó la espalda contra las ruedas del avión: no podía moverse por el dolor de su musculatura.

Alrededor de la fogata del vivaque, que volvieron a prender con la leña que la noche anterior la tripulación había arrastrado desde un bosquecillo de arbustos de hojas estrechas y espinudas, hicieron un rápido recuento de los víveres con que contaban. Cuatro frascos de berenjenas en aceite de oliva preparados por la mamá del gordo, una caja grande de tablillas de chocolate, las papas fritas de la niña, tres docenas de paquetes de crackers sequísimos y veinte cubitos de camembert, eran las vituallas de que disponían. Pero pronto nos van a encontrar, dijo una mujer anodina con un gran anillo de esmeraldas en el anular derecho que, por un gesto que no podía evitar, exhibía al sacudir las manos. Mi marido me espera, agregó para dar a entender que no estaba casada con uno cualquiera.

Ningún teléfono celular se comunicaba. No está descargado, dijo el actor sacudiendo el suyo; más bien, tiene un fondo de ruidos, como si muchas personas de vez en cuando

hablaran sin dirigirse a un micrófono. Es cierto, corroboraron todos los demás, pasándose de mano en mano sus aparatos que emitían el mismo rumor, a medio camino entre algo metálico que rodaba y una conversación lejana.

El iPad de la niña estaba muerto; nadie supo encender la radio del avión. Cuatro hombres se dirigieron a la aeronave y volvieron poco después con una barreta y una llave para abrir las salidas de seguridad. Uno de ellos tenía una televisión de pilas en su equipaje, y otro, cajas de verduras orgánicas para una exposición de floricultura que se realizaría en los jardines del castillo de Chantilly. *On y va*, dijeron resueltos, y se dirigieron hacia la panza del pájaro ahusado que descansaba en la tierra, cual si tuviera un ala rota o estuviera demasiado triste para levantar el vuelo. Ves que me hubiera servido más aprender francés que alemán, reclamó la niña a su madre.

En la oscuridad absoluta de un cielo sin luna, con un frío que calaba los huesos de quien se alejaba más de medio metro de la fogata, se escucharon el crujido de una cremallera gigante y los gritos de entusiasmo de los hombres. Por la madrugada, el gordo agradecía a san Genaro, a la virgen de Pompeya y a su abuelo que lo bendecía desde el cielo, mientras revolvió un potaje de verduras en una olla improvisada. Me perdonarán, decía a sus compañeros de viaje, pero no tengo hierbas de olor.

La televisión encendida emitía el mismo inconcebible ruido de los teléfonos y no tenía imagen, de no ser una luz grisácea y, en ocasiones, movediza. A pesar de la decepción, la sopa caliente reconfortó los ánimos de los pasajeros. Una especie de beatitud inconsciente reinaba bajo el toldo que entre todos levantaron con los pareos de una joven feúcha y nerviosa que iba a París para tomar el avión a las Maldivas. El sol, a diferencia de lo que todos esperaban, no quemaba. Había estrías de colores en el cielo de un azul profundo, un fresco